

ENCIÉNDEME – UN CUENTO DE SANTIAGO RONCAGLIOLO

Con la música como único pie forzado, este talentoso escritor peruano se transforma en un impopular y adolescente bajista.

ILUSTRACIONES: CATALINA BU



UN CUENTO DE SANTIAGO RONCAGLIOLO

A STORY BY SANTIAGO RONCAGLIOLO

ILUSTRACIONES – ILLUSTRATIONS CATALINA BU

Con la música como único pie forzado, este talentoso escritor peruano se transforma en un impopular y adolescente bajista.

Me hice rockero para conseguir chicas, como todo el mundo. Tenía catorce años y las hormonas a punto de explotar. Estudiaba en un colegio religioso solo para varones y los domingos tocaba las canciones de la misa. Formar un grupo de rock con mis amigos era el siguiente paso natural. Nos pusimos *Sucesos*. Ya lo sé. Ese nombre no dice nada. Pero es que en realidad no teníamos nada que decir.

**CON LA MÚSICA COMO ÚNICO
PIE FORZADO, ESTE TALENTOSO
ESCRITOR PERUANO SE
TRANSFORMA EN UN IMPOPULAR
Y ADOLESCENTE BAJISTA.**

**THIS TALENTED PERUVIAN
WRITER SHARES THE SWAN SONG
OF AN UNPOPULAR TEENAGE
BASS PLAYER.**

Como yo era el peor músico de los cuatro, terminé tocando el bajo. Siempre odié ese maldito instrumento. Las chicas se derretían ante el guitarrista o el baterista. Pero cuando les decía que yo era el bajista, preguntaban:

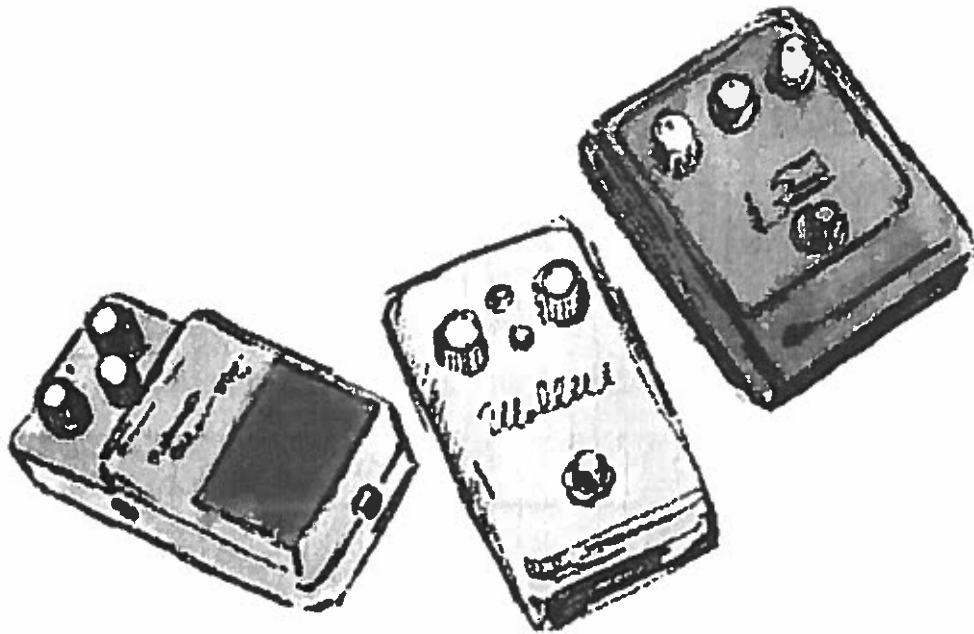
-¿El qué?

-El bajo es como una guitarra, pero tiene cuatro cuerdas. Marca la base rítmica, pero también la melodía, y...

Para cuando terminaba mi cátedra, ya se habían largado con el cantante.

Nuestro vocalista, Marcel, era un descerebrado. Había repetido año dos veces, y creo que no sabía escribir bien ni su propio apellido. Pero era guapísimo. A diferencia de los demás, unos mocosos lampiños y con cara de bebé, a Marcel se le asomaban los pelos del pecho por la camiseta. Y era rubio. Además, se movía bien en el escenario. Saltaba, bailaba y se lamía el sudor de los labios. Dirigía el micrófono al público en los coros. Era lo más cercano a una estrella que podíamos conseguir.

Nuestro repertorio reunía viejos éxitos en inglés de los '60 y '70: Beatles, The Beach Boys, Cream, esas cosas. Y siempre cerrábamos los conciertos con una versión desaliñada y escandalosa de "Start Me Up" de los Rolling Stones. *Start me up, if you start me up, I'll never stop*. Era la especialidad de Marcel, que saltaba del escenario, hacía cantar a la gente y terminaba el acto de vuelta en el escenario, tirado en el suelo, rezumando euforia.



Solíamos tocar en pequeños bares y en la fiesta de colegio. Pero una vez nos llamaron para una kermés en el colegio Santa Úrsula. Esa era la gran oportunidad de nuestra carrera.

Si los colegios de mujeres fuesen clubes de fútbol, el Santa Úrsula habría sido el Barcelona FC. La primera división de las chicas. La realeza del mundo femenino. Tener una enamorada de ahí significaba ascender un peldaño en la escala de la evolución humana. Equivalía a tocar el cielo de la popularidad adolescente.

Para la kermés, ensayamos algunas novedades: canciones con menos de 10 años de antigüedad, como "Sunday Bloody Sunday" de U2 o alguna de The Clash. Y añadimos a nuestro número de fondo, "Start Me Up", un final apoteósico, con muchos platillos y un solo de guitarra distorsionada. Fue la única manera que se nos ocurrió de meterle más bulla a la canción.



Al fin llegó el día del concierto. Estaba programado que tocarían tres grupos. Nosotros seríamos los últimos. Mientras esperábamos nuestro turno, se nos acercó una chica de nuestra edad. Se llamaba Verónica y era una especie de anfitriona del colegio. Solo quería saber si necesitábamos algo. Pero encarnaba el “ideal ursulino” por excelencia: era bonita, delgada y simpática. Para nosotros, sacos de testosterona inflamados, era evidente que la habíamos enamorado, que estaba ahí para acercarse a nosotros. Lo peor es que cada uno de nosotros cuatro creía ser su elegido.

En términos de competencia, el guitarrista no me preocupaba. Alex era como *Rain Man*: un autista con talento. Podía tocar canciones e imitar solos de guitarra a la perfección tras solo una escucha. Pero apenas hablaba, se anulaba frente a las chicas. El problema eran los otros dos: el guapo Marcel y el baterista Samuel, que era feo como el hambre, pero era baterista.



Mientras esperábamos nuestro turno, como pájaros en celo, cada uno de nosotros lució su plumaje ante Verónica. Marcel se puso a “calentar la voz”, algo que jamás había hecho antes, cantando baladas románticas de Poison y Chicago, y gesticulando con sentimiento. Por su parte, Samuel nos partió los tímpanos con redobles sobre un tambor. Y yo toqué un punteo de bajo lo mejor que pude. Pero adivinen qué. Esa porquería de instrumento no suena si no está enchufado.

Tras media hora en este plan, llegó nuestro momento. Una monja nos presentó, y nosotros saltamos a tocar “A Hard Day’s Night”. Yo tenía la esperanza de brillar en escena y enamorar a Verónica, que bailaba frente al escenario con evidente intención de provocarnos. Pero había otro problema: el bajo no hace solos. Hasta el lelo de Álex gozaba de sus momentos de gloria, pero yo no.

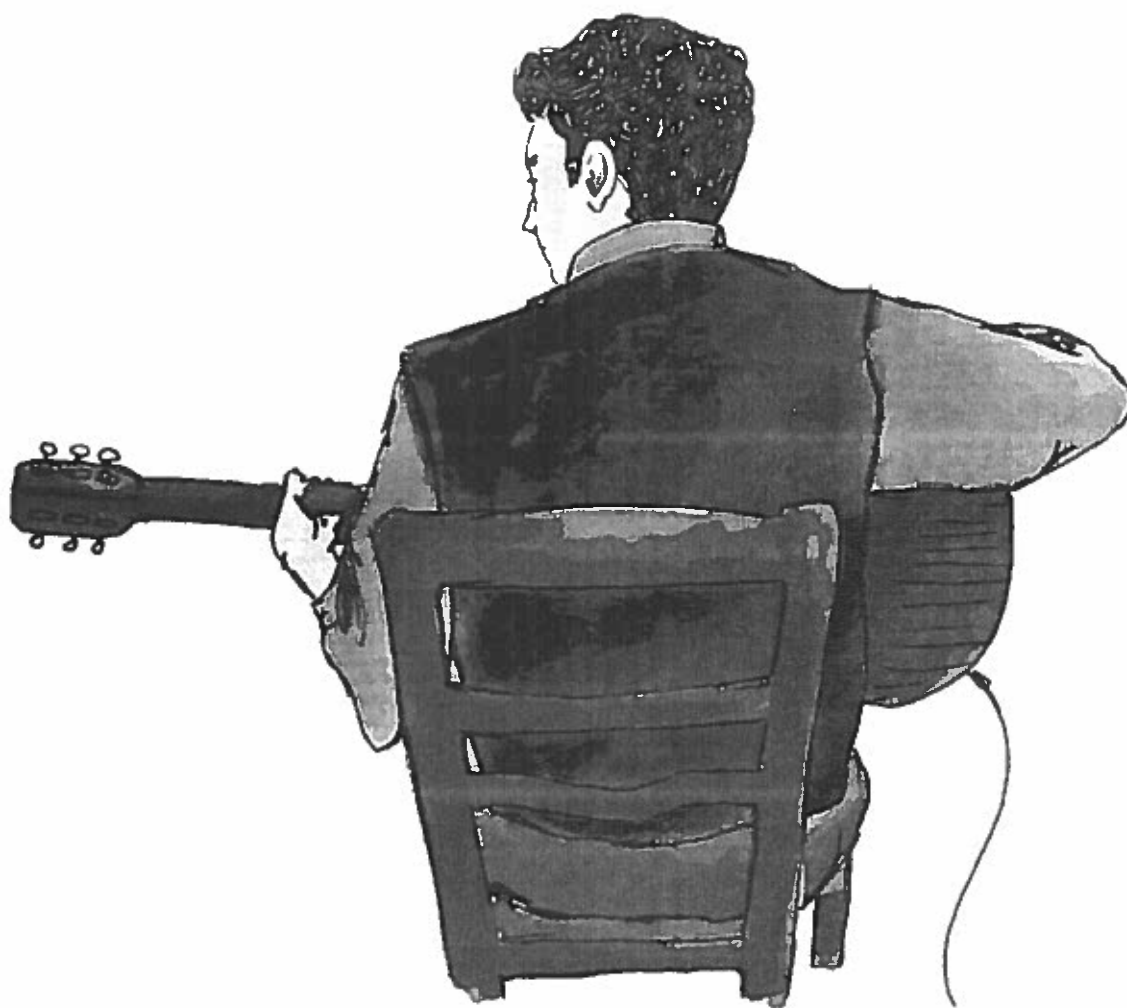


Cuando ya íbamos a tocar “Start Me Up”, Samuel intentó una maniobra desleal. Tomó el micrófono y anunció:

-La siguiente canción está dedicada a una chica muy especial... Eehh... pero no me acuerdo de su nombre... -en ese momento, varias chicas alzaron la mano ilusionadas- ¡Es para ti! ¡No para ti! ¡Tú no, la de la izquierda! ¡Más atrás!

Creo que Verónica fue la única que no alzó la mano. Y eso entusiasmó a nuestro cantante, que se sintió elegido. Cuando al fin terminó el bochorno de Samuel y comenzamos a tocar, Marcel se meneó de un lado a otro, se despeinó con la mano y bailó como Mick Jagger. Lo peor es que todo el tiempo se ponía delante de mí, y me tapaba a la vista de Verónica.

Supongo que yo sabía cómo terminaría eso. Pero hice lo que hice aún así, por reflejo y por frustración. Porque estaba harto de tocar con un montón de idiotas, y ser el más idiota y el más invisible. O quizá subestimé los riesgos. El caso es que a punto de terminar la canción, cuando ya arrancaba nuestro final apoteósico y Marcel giraba por el escenario enloquecido... le puse una zancadilla.



Marcel no solo se cayó. Trató de agarrarse del bombo y tumbó toda la batería, que se vino abajo sobre Álex. Los amplificadores se derrumbaron. Los platillos terminaron entre el público. Y nosotros, echados del colegio Santa Úrsula, expulsados del paraíso.

Si queríamos un final llamativo, lo habíamos conseguido. Pero esa tarde, no enamoramos a ninguna chica. Y después de ella, *Sucesos* tuvo que buscarse a un nuevo bajista. **in**